

de arte particular que contenía lo mejor, en su criterio, que aportaron las vanguardias europeas. Proponía un replanteamiento plástico para realizar en Uruguay y América un arte como solución a la crisis de los valores éticos mundiales. Con este fin fundó el Taller Torres García de la Asociación de Arte Constructivo y desplegó una enorme actividad como conferenciante, sumada a la publicación de numerosos libros y artículos y a la realización de exposiciones plásticas.

Anota agudamente García Puig: «... no obstante la extensa relación de textos escritos por Torres García en torno a su teoría constructiva, no dejó en forma explícita un método a seguir para su práctica; explicó profusa, reiteradamente y bajo distintos enfoques los fundamentos de su «Doctrina», pero sin sistematizar un orden metodológico fijo». La eficacia y el desarrollo de su teoría quedan supeditados, en la práctica, a las clases del «maestro». Puntos como el manejo del compás, de la medida de oro para las divisiones octogonales, la explicación de los tonos y colores o la integración de la pintura en tres dimensiones aparecen superficialmente tratados, lo que dificulta la ejecución, aunque se hayan asimilado las ideas conceptuales del universalismo constructivo.

Lo más original de la propuesta de Torres García reside en la combinación de lo moderno con lo primitivo, de lo indígena con lo europeo, con el fin de conseguir un universalismo constructivo donde fundir los movimientos de vanguardia con los de las culturas precolombinas. Este proyecto, totalmente utópico, implicaba la reelaboración de toda la cultura nacional. Y cuando se dio cuenta de lo irrealizable del proyecto en un país cuya tradición indígena estaba ya muy debilitada, se dedicó de lleno a la enseñanza del arte constructivo basado en la pintura representativa y a la vez abstracta e integrando la imagen real de las cosas en la abstracción.

Su identificación entre arte y construcción lo llevan a insistir en no copiar de la realidad sino en ir a lo geométrico y a lo abstracto universal. Pensaba lograr así un tipo de arte popular al que todos tuvieran acceso comprendiéndolo y practicándolo. Después, con la experiencia, se dio cuenta de que tal arte no era posible en un ambiente tan atrasado como el del Uruguay de los años treinta.

Los cuadros de Torres García rehúsan abiertamente la imitación de la naturaleza y proponen extraer la esencia

de sus elementos esquematizados, geometrizando los para incluirlos en unos casilleros ortogonales, estructurados con armonía mediante la aplicación de la medida de oro. Sus rectángulos y cuadrados forman una firme pero dinámica estructura en la que asirse los símbolos. Resultado de esta unión es el microcosmos que encierra cada cuadro como un universo construido.

Este libro de García Puig constituye el reconocimiento y homenaje a la obra pictórica y al encomiable y permanente afán pedagógico de Joaquín Torres García.

Jorge Aller

Novedades vallejanas

La versión abreviada de su tesis doctoral que con el título de *Religión, Política y Ciencia en la Obra de César Vallejo* acaba de publicar Stephen Hart (Tamesis Books Limited, London) constituye una nueva invitación, atractiva y polémica, a releer al gran poeta peruano a partir de estas tres miradas. Religión, política y ciencia no son simples facetas en la literatura de Vallejo, no son

elementos sueltos sino la sustancia misma. Pero, ¿no habrá una obsesión primera? ¿la espina dorsal y alma de su cuerpo discursivo? Con evidente espíritu cartesiano se ha seccionado su obra y el afán analítico que lo motivó puede hacer caer en trampas interpretativas, al estudioso, a una suerte de *falacia de énfasis* que distorsiona la fibra esencial, el punto de apoyo, la «palabra justa» con que Vallejo mueve el mundo. En el primer capítulo dedicado a la religión se advierte este peligro. El autor siente que se mueve en arenas movedizas y se defiende con el uso reiterado del condicional, pero a punta de probabilidades avanza su tesis: «Vallejo distorsiona e ironiza el credo católico... esta subversión de la fe católica se expresa principalmente de dos formas, que son I) el cuestionamiento metafísico y angustiado de ideas, por lo general aceptadas acerca de la naturaleza de Dios y II) el uso de la blasfemia para describir sus experiencias eróticas».

Es sabido que el niño Vallejo tenía por abuelitos a dos curas de pueblo, que su familia tenía una profunda religiosidad y por eso el nombre que le ponen al *shulca* —el último infante de la parentela— fue el de Abraham, *Abrahamsito* («el escogido del pueblo de Dios»), como se le llamaba habitualmente. Pero no es el catolicismo institucional el que define el sentimiento religioso del poeta, es algo más raigal, más antropológico: es el espíritu panteísta del hombre andino que se funde fácilmente con el devocionario cristiano y hace de César Vallejo un poeta hecho de mística y esperanza, de unción y cólera, de redención y humanismo. Armado de estos sentimientos abordará la política y la ciencia.

Lo que ocurre con Vallejo no es un caso aislado. Algunos antropólogos peruanos han mostrado que en el mundo andino el catolicismo se consustanció con la sensibilidad religiosa del hombre, de este hombre que sabía cohabitar desde siempre con la naturaleza (*lluvia no te hagas la dormida*), dialogar con los espíritus, guardar tradiciones atávicas y atemorizarse ante los dioses tutelares. Vallejo, nieto de curas y de indias chimúes, es depositario de este patrimonio emocional, con el que construye toda su obra: «¡Indio después del hombre y antes de él!». Lábrase la raza en su palabra.

Los signos de religiosidad los encuentra el poeta codificados en la simbología de la doctrina cristiana. En *Los*

Heraldos Negros Vallejo dialoga con ese Cristo, pero no es un diálogo de sumisión: sino una conversación rebelde, responde: «Si tú hubieras sido hombre hoy supieras ser Dios». La divisa de *Los Heraldos* podría ser: «Dios mío estoy llorando el ser que vivo». Pero el hombre es un barro pensativo, por eso Dios es el interlocutor privilegiado de Vallejo. El poeta lo increpa, lo reprocha, le pide piedad, le exige ser humano, y cuando no hay respuesta se asume como salvador:

Se quisiera (...)
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz.

Se trata de salvar al pobre y salvar a Cristo. Vallejo asume la responsabilidad de tratar de *tú* a Dios. Es un pleito entre creadores, entre redentores. La idea de *trascendencia*, de discusión con un Ser Supremo para recrear algo del paraíso perdido, es el móvil, la palanca que mueve la obra de César Vallejo. Si en *Los Heraldos* es el encuentro áspero con el Cristo católico, en los *Poemas Humanos* la ira adopta la forma y los argumentos del humanismo moderno: «El hombre procede suavemente del trabajo» (inspirado del humanismo marxista); del amor al prójimo: «Al fin de la batalla, / y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre / y le dijo: no mueras, te amo tanto». Amor de humanidad. Vencer a la muerte con el amor. Tanto amor y no poder hacer nada contra la muerte. Al final, el amor terminará por ganar: «Entonces, todos los hombres de la tierra / le rodearon... incorporóse lentamente / abrazó al primer hombre; echóse a andar». Amor de multitudes.

Los poemas etiquetados de «políticos», de «comprometidos», pueden serlo en efecto, pero es la política entendida como una entrega, un pleno acto de amor, una filiación de fe en la revolución salvadora, una obligación ética:

Obrero, salvador, redentor nuestro
perdónanos, hermano, nuestras deudas.

Es el amor practicado como religión civil, una relación laica con los dioses. Asumido como un modo de vida, desde donde hay que interpretar sus deberes poli-

ricos. Esta actitud hay que subrayarla, ya que la vulgata sociologista ha hecho de Vallejo un poeta terrenal, superficial; se ha manipulado su fe marxista volviendo su hondo mensaje en asunto de barricadas y panfletos. Esta lectura epidérmica es muy corriente, y es un acto de traición a la profundidad mineral que hace aflorar su poesía. Reconocer el móvil religioso, laico, de Vallejo es un deber de honestidad que en nada opaca sus ideales revolucionarios, sino que los ubica en su esencial perspectiva trascendental.

Se ha confundido también la adhesión del poeta al marxismo como una renuncia a su emoción religiosa. No se puede renunciar al patrimonio genético. Su ideal socialista es una esperanza, algo teleológico y de fe. En sus momentos de mayor lectura de tratados de economía política, de filosofía materialista, de ciencia soviética, no dejó de ser espiritista y esotérico... Elsa Enríquez, hija de Elba Huara —bailarina peruana muy amiga de Vallejo— me contó en París en 1979, que «Cesar hacía espléndidas y misteriosas sesiones de espiritismo, en las cuales convocaba a sus antepasados y al de los asistentes interesados», con lo que se ganaba un dinero, pues tenía fama de ser iniciado en las ciencias ocultas, e intelectuales y vecinos lo visitaban por eso. Y ella, Elvira, de 9 años entonces, discretamente le ayudaba a dar verosimilitud a sus prácticas misteriosas, haciendo ruido fuera del cuarto oscuro o golpeando bajo la mesa... Era un marxista gitano. En rigor, era marxista gracias a Dios.

Su interés por la ciencia debe también ser visto desde esta angulación. El hombre panteísta tiene una representación ordenada de la naturaleza y se reconoce en un Dios creador del orden y las causas primeras. El vanguardismo de Vallejo no reniega de esta concepción. Se interesó mucho por Newton, por Darwin, por los inventos de la época, se apasionó por el cine (quiso incluso hacer ideario estético de esto: «la emoción de mi época es una emoción cinemática»). La tecnología, la cinematografía, la comunicación inalámbrica, el avión, el vértigo de la velocidad, eran los símbolos exteriores de la nueva generación. El capítulo dedicado a la ciencia en Vallejo es la tesis y el aporte original de Stephen Hart. Nadie había hecho hasta ahora un análisis sistemático de la ciencia en la poética de Vallejo. En efecto, como señala Hart, Vallejo en sus años de estudiante fue un lector acucioso de la obra de Ernest Haeckel, que publi-

có en esos años el libro de éxito *Los enigmas del Universo*, donde resumía los avances científicos del siglo XIX (positivismo, materialismo y darwinismo). Este interés por la ciencia no le vino por la vía del materialismo marxista (que sí reforzó y amplió su cultura científica) sino por una vocación originada en sus años de estudiante. Es útil precisar que el libro de Haeckel llega a sus manos como premio por haber sido en 1914 el mejor alumno en el curso de Filosofía Objetiva II (ahora conocido como Filosofía de la Ciencia).

Al llegar a este punto es necesario informar de algo novedoso, de crucial importancia, pues puede redefinir el concepto que se tiene del poeta: César Vallejo fue un estudiante brillante en la escuela secundaria y en la universidad, de un rigor y una dedicación excepcional, que desmiente la idea del Vallejo bohemio y disperso que muchos mitómanos de la literatura le han creado. Me explico: estando en Trujillo en diciembre pasado (en el congreso peruano de filosofía), tuve la suerte de hacer amistad con don Eduardo Quirós Sánchez, un viejo maestro emérito de la universidad de esa ciudad, donde estudió Vallejo, quien me hizo conocer su trabajo *César Vallejo, Adolescencia y Promisión*, que leyó en el coloquio internacional con que se conmemoraron los cincuenta años de la muerte del poeta (abril de 1988), pero que por razones extrañas su ponencia permanece inédita. El texto demuestra, con pruebas en la mano, que sus estudios de secundaria, Vallejo los hizo en tres años y no en cuatro como era lo normal, pues debido a la brillantez mostrada en sus dos primeros años le permitieron saltarse el tercero y pasar directamente al cuarto. En los dos primeros años (1905-1906) al adolescente se le distingue con Medalla de Plata y Premio al Mejor Alumno, tanto en Gramática Castellana como en Historia Antigua y Media. En sus tres años de secundaria, sobre las 34 materias exigidas, en 16 saca la máxima calificación, 20, y en el resto no tiene ninguna nota por abajo de 16. En Gramática y Francés obtiene 20 todos los años (eso explica su fácil lectura de los simbolistas de entonces y de Baudelaire), y en los cursos de ciencias, como Álgebra, Aritmética, Zoología y Botánica, todas sus calificaciones son de veinte.

Hay aquí una disciplina y una vocación que se venía forjando. Por eso no llamó la atención que en 1911, se matriculara en la carrera de medicina en la Universidad